

El maestro aprende su lección – Benín

Christofe Agbachi

Estaba decidido a demostrarle a su esposa que la religión de ella era un disparate.

[Pidale a un hombre que presente este relato en primera persona.]

Mi esposa Irene y yo estábamos felizmente casados y trabajando en Benín, África Occidental. Luego ella conoció a unos adventistas del séptimo día, y mi vida se tornó miserable.

Enseñaba inglés en una escuela preparatoria local cuando Irene conoció a los adventistas. Eran nuestros vecinos, y la invitaron a asistir a unas reuniones en su iglesia. Pronto ella comenzó a frecuentar la iglesia los sábados. Al principio yo no sabía que fuera a la iglesia, porque no me lo había dicho. Esto ocasionó muchos desacuerdos entre nosotros.

Me hace la vida miserable

Consideré que su interés en la Iglesia Adventista era la base de nuestras discusiones y traté de prohibirle que fuera a la iglesia. Mi familia también trató de convencerla de que dejara ese fanatismo religioso. Pero ella estaba decidida a mantener sus convicciones religiosas, aunque ello significara perderme.

Las cosas se pusieron muy mal. La eché de la casa y le dije que no regresara a menos que hubiera dejado su religión. Dijo que nunca abandonaría su fe, pero que volvería a la casa el día que la invitara a regresar. Éramos dos

adultos tercetos, que no dábamos nuestro brazo a torcer.

Finalmente permití que Irene volviera. Le dije que podía orar en la casa, pero que no debía ir a la iglesia. Continuó portándose amable conmigo. Me invitó a orar con ella, pero yo rehusé.

Entrevista con el pastor

Cuando Irene ignoró mis órdenes y siguió asistiendo a las reuniones, fui a ver a su pastor y le dije en tono amenazador:

—Ya no debe permitir que Irene asista a su iglesia. Necesita quedarse en la casa con su familia. Si usted continúa animando este tipo de comportamiento de parte de ella, causaré problemas para su iglesia.

—Algún día usted comprenderá que su esposa no está haciendo nada malo —me contestó suavemente.

Le grité y lo amenacé, pero lo único que hizo fue escucharme. Entonces me dijo calmadamente:

—No puedo impedir que su esposa adore a Dios, ni aquí ni en cualquier otro lugar. Ella tiene que tomar esa decisión por sí misma.

Me salí de allí bien enojado.

Comencé a asistir a la iglesia los sábados por la mañana sólo por vigilar a Irene. Sin embargo el pastor conti-

nuaba tratándome con bondad.

Irene me dijo que la iglesia tendría unas reuniones evangelísticas y que deseaba involucrarse en ellas. Le dije que tenía suficiente trabajo que hacer, pero igual decidí ir. Cierta día no regresó a la casa a tiempo después del trabajo y me enojé. Llevé conmigo a otros hombres jóvenes a la iglesia.

El pastor salió y nos saludó. Vio mi ira y dijo que podríamos hablar sobre el asunto, si tan sólo le daba 10 minutos para terminar la reunión. Le dije que estaba bien. Podía ver a Irene sentada en la primera banca.

Cuando la reunión terminó, el pastor vino para hablar conmigo.

—¿Dejaría usted que *su* esposa esté afuera tan tarde? —le grité.

—Tener a una esposa que conoce a Dios es una bendición —me contestó calladamente.

—Detesto que pase tanto tiempo en esta iglesia —le dije.

—¿Qué es lo que sabes de esta iglesia? —me preguntó el pastor.

—No quiero saber nada acerca de tu iglesia —le contesté.

—Entonces, ¿cómo puedes decir que es mala? —repuso—. Te voy a dar una sugerencia. Aprende todo lo que puedas acerca de la iglesia; decide específicamente qué no te gusta de ella y cuáles son las cosas malas. Entonces explícaselas a tu esposa y pídele que las deje.

Para sorpresa mía, decidí hacer lo que me sugería. Comencé a escuchar a Irene cuando hablaba de su iglesia, buscando algo que pudiera usar en contra de ella. Dejé que hablara más acerca de la Biblia. A pesar de todo,

descubrí que me encontraba cada vez más interesado en lo que me decía. Mi ira fue disipándose.

Rendimiento y victoria

El pastor me invitó a ir y hablar con él. Ofreció hablar sobre la Biblia conmigo cuando estuviera listo. Contestó mis preguntas usando la Biblia como su autoridad. Poco a poco aprendí la verdad. Pasamos una semana entera solos, estudiando juntos todos los días. Entonces repasamos todo lo que habíamos discutido. Cuando estuve de acuerdo en que estas cosas son lo que Dios quiere, el pastor explicó que esto es lo que los adventistas creen.

—Ahora que sabes lo que Dios quiere, ¿continuarás comportándote como lo has hecho? —me desafió.

Ese día abandoné mi lucha y acepté a Jesús como mi Señor y Salvador. Regresé a la casa y a Irene y le dije:

—Todo este tiempo que peleaba contigo, en realidad estaba peleando contra Dios.

Dios me ha dado más bendiciones de las que yo había esperado. Las cosas que buscaba en el mundo me comenzaron a llegar sin ningún esfuerzo. Recibí promociones sin tener que luchar por ellas, y nuestra familia ha prosperado. Pero lo más importante de todo es que nuestra familia tiene paz. Irene y yo nos amamos mucho, y usamos nuestras energías para contarles a otros acerca de lo que Dios ha hecho por nosotros.

Christofe Agbachi es un director de escuela en Abomey, Benín.